

EL HUMANISMO ESPIRITUALISTA DE LOUIS LAVELLE

Relaciones entre inmanencia y trascendencia

Nacido en Saint Martin de Villeréal, de Lot-et-Garonne, estudia Louis Lavelle en la Universidad de Lyon, lugar de encuentro ideológico, a la sazón, del bergsonismo y del hamelinismo; profesa en varios Liceos de París; es encargado de cursos en la Sorbona, y finalmente accede a la cátedra de Bergson, en el Colegio de Francia, donde enseña filosofía hasta su muerte prematura acaecida en 1951, el mismo año de la aparición de su libro *De l'âme humaine*, cuyas líneas maestras tratará de esbozar este breve artículo.

Y vaya por delante la afirmación esculpida en el dintel de su original monografía. «La palabra *alma* no puede ser pronunciada sin evocar el doble problema de nuestra esencia y nuestro destino». Pero, al propio tiempo, se advierte que «es imposible separar el alma del yo e imposible su confusión», toda vez que «el alma expresa, en el propio yo, la relación de éste con el absoluto, de tal suerte que, fuera del yo, sólo existen cosas de las que afirmamos precisamente que no tienen alma».

Y en su intento de búsqueda definitoria se nos sugiere que «el alma es para nosotros lo más próximo y lo más lejano». Lo cual se confirma, sin que todavía quede bien explicitado, «puesto que ella aparece más íntima al yo que el yo mismo», añadiéndose que «el alma es, al mismo tiempo, para nosotros lo más distante, porque el yo no rebasa la experiencia de sus actos o sus estados».

Al amparo de esta dicotomía, o más bien como aportación a su análisis, propone Lavelle la supresión de las barreras conceptuales, tradicionalmente establecidas, entre la inmanencia y la trascendencia. Recojamos sus palabras fielmente traducidas.

«La relación del yo y del alma nos permite definir la relación entre inmanencia y trascendencia, las cuales se oponen, pero no pueden, sin embargo, estar separadas. Porque no es cierto que nos hallamos encerrados en una experiencia inmanente... Y tampoco es cierto que lo trascendente tan sólo constituye una fe gratuita, lo que no encuentra confirmación en la experiencia. Pues todo acto que nosotros realizamos es trascendente con relación a su efecto. Y no basta decir que es inmanente porque es nuestro: pues, por un lado, los inmanentistas más decididos, al ver su irreductibilidad al contenido de nuestra experiencia, declaran que no tenemos conciencia de ello, y por otra parte ya sabemos que de tal acto cabe afirmar que es una potencia, en principio más allá del yo, de la cual éste sólo tiene la disposición para hacerla suya, pero no para producirla».

Se formula, a continuación, por nuestro filósofo un principio a partir del cual se reafirma la propia postura. «La relación entre el yo y el alma nos descubre la relación entre la inmanencia y la trascendencia, al ser el yo inmanente a sí mismo, y no poder alimentar esta inmanencia sin un incesante retorno a la trascendencia, de la que extrae la actividad que le hace ser, y al margen de la cual tan sólo sería, como en el más estricto empirismo, una sucesión de estados».

¿En qué consiste el problema del alma? Tal es la sencilla pregunta que asalta por sorpresa, sobre todo para los no iniciados, en la tesis general lavelliana. La respuesta no se hace esperar, como sigue.

«Es el problema que se plantea el yo desde que se interroga sobre sí mismo. Porque si el yo implica la conciencia de una actividad que le rebasa, aun cuando la asuma, y si lejos de consumirse ésta en su propio ejercicio se da el ser a sí misma, antes de otorgárselo a su efecto, entonces puede afirmarse que el yo se realiza en el punto mismo en que hay en nosotros una trascendencia que se inmanentiza, y que, al inmanentizarse manifiesta y produce a la vez esa operación interior en la que vemos constituirse nuestra esencia. Lo propio de la ciencia consiste en señalar la barrera que, cada instante, deslinda el fenómeno, tal como nos es dado, del acto que lo funda. Lo propio de la metafísica es no franquearla, sino más bien su abolición. Ella nos enseña a vencer la oposición entre la inmanencia y la trascendencia, y, profundizando en una de ellas, a penetrar en la otra».

Pero todavía no ha respondido suficientemente Lavelle al problema del alma. Lo hará de acuerdo con el epígrafe de «El misterio de una esencia que se constituye». Y, no sin aludir veladamente a la distinción original de Gabriel Marcel entre misterio y problema, aquél sostiene que «conviene hablar del misterio mejor que del problema del alma», para puntualizar:

«Porque si el alma fuera un trascendente extraño al yo, sería en efecto un problema, y la solución que él diera sería una solución puramente intelectual. Mas el yo no parece separarse de su alma sino para encontrarla. De ella obtiene todos sus poderes, incluido el de pronunciar yo: y todos los caminos que él recorre parecen repercutir sobre la esencia misma de su alma y transformarla. En este sentido el alma configura, por relación al yo, a la vez su origen y su destino... Pero este origen y este destino, que nos permitirían conocer el alma en su totalidad, escapan sin embargo al yo. Porque el alma permanece velada en una especie de penumbra, no ciertamente como una cosa que se ocultara a la vista, sino como una creación de sí por sí misma, de la que nosotros, mientras se realiza, nunca tenemos más que una conciencia imperfecta y dividida. Nuestro yo trata de tomar posesión de nuestra alma: y él es la propia alma, en cuanto potencia cuyo esclarecimiento y actualización depende de aquél, pero ella es tal que, por el uso que de la misma hace el yo, queda o bien diluida o bien rechazada. El yo se halla, pues, siempre en la superficie de su alma. Tiene designios respecto a ella, pero sucede con frecuencia que los olvida o los desatiende. De este modo el yo se crea en sí mismo una suerte de exigencia subjetiva y momentánea de la que él es el centro y en la cual el interés de su alma puede hallarse en cierta manera sacrificado».

En este punto establece Lavelle unas breves consideraciones muy atinadas en torno al «círculo de luz constituida por la conciencia que el yo tiene de sí mismo». Se trata, como precisa nuestro psicólogo a continuación, de «una infraconciencia», donde se recluyen «los impulsos oscuros de la naturaleza», y de «una superconciencia», abierta a «todos los conocimientos que la experiencia nos ha enseñado». Se trata, —insiste— como puede entenderse, de que la conciencia comunica por sí misma con este doble inconsciente «en el que el propio yo no cesa de arraigarse y sobrepasarse», siendo inseparable de nuestra alma considerada en todas sus posibilidades.

«Así, bien puede afirmarse —en palabras de propio Lavelle— que el alma es un misterio, por ser para el yo lo desconocido de sí mismo. Sin embargo, esto desconocido consiste en la doble zona de oscuridad que rodea el punto luminoso y móvil donde reside la conciencia que cada uno tiene de sí. Pero dicho punto envía siempre un nuevo rayo, sea a las profundidades subterráneas donde ha germinado nuestra vida, sea a las cumbres invisibles sobre las que ésta trata de elevarse. Así va esclareciéndose, poco a poco, el misterio de nuestra alma. O más bien es el yo quien, tomando conciencia no solamente de lo que le ha sido dado o es capaz de hacer, sino del camino que el alma debe recorrer para realizarse, reconoce que es su testimonio y vehículo, y que en él descubre el alma su verdadera esencia, consistente en ser una posibilidad que se actualiza. Decir que el alma es un misterio para el yo es decir también que es un misterio para sí misma: lo que no puede sorprendernos si es verdad que el alma no es un objeto anterior al conocimiento de ella que el yo pudiera obtener, sino una esencia que sólo se descubre a sí misma creándose, en virtud de una operación de la que el yo es indivisiblemente el espectador y el agente».

Con independencia de este singular origen del alma, entendido por Louis Lavelle en un plano fuertemente inmanentista, pronto se vislumbra el carácter escatológico, y por lo tanto abierto a una radical trascendencia. Percibamos ya sus propias palabras generosamente formuladas.

«Sin embargo, el alma no es tan sólo una existencia trascendente, a modo de evasión continua, aunque nunca dejemos de darle entrada en nuestra conciencia. El alma no es solamente un misterio que siempre se aleja, por más que no cese de entrar en él la luz. Una luz que envuelve en su ámbito la significación de nuestra existencia y el fin hacia el que ésta nos conduce. La idea del alma tiene un carácter escatológico y este carácter es constitutivo de su esencia misma».

Pero como si el profesor galo adivinara una pregunta urgente, por nuestra parte, acerca de las relaciones del alma con su cuerpo, admite que «el alma, asociada a la vida del cuerpo, no podría ser definida sencillamente como su negación, puesto que el cuerpo resulta indispensable para la formación incluso del alma. Tal es la significación, no propiamente del cuerpo, sino de nuestra misma

existencia en tanto que individual, es decir, inseparable del cuerpo; y si en un determinado momento ocurre que el alma se separa del cuerpo, es que el cuerpo indudablemente ha terminado de servirla. No es éste, como decían los antiguos, la cárcel del alma, sino el instrumento de su creación».

«Mas el carácter escatológico del alma —prosigue el discurso de Lavelle— aún suscita el problema de las relaciones entre el tiempo y la eternidad. En modo alguno dudamos de que exista un camino del alma que le es imprescindible seguir, al objeto de labrarse a sí misma su propio destino. Así la vida del alma como tal nos aparece comprometida en el tiempo. Y sin embargo pensamos que el alma es también una substancia. Digamos más bien una esencia eterna, y que por ello escapa a una disolución inseparable de la existencia temporal. El destino del alma es ante todo, para nosotros, un porvenir que se prolonga más allá de la muerte, es decir, el término mismo que cierra para nosotros el futuro. En todo caso, para un nuevo futuro, el tiempo dejará de aplicar su acción destructora. Será éste un porvenir eterno parecido a un presente que no se interrumpirá jamás».

Y como explícitamente reconoce el pensador francés, «una última observación es aún necesaria». Veamos cuál.

«Se cree con frecuencia que el alma ha sido inventada para dar una satisfacción a los deseos más profundos de nuestra conciencia, que se han visto frustrados aquí abajo pero que serían cumplidos en un mundo imaginario. Pero no es posible admitir que ocurra de este modo: porque, de una parte, es posible que la verdadera sabiduría resida en el deseo refrenado más bien que en el deseo satisfecho, y, de otra parte, si la creencia en la inmortalidad ha unido siempre las amenazas a las promesas, es que tal esperanza y tal temor engendrados por el deseo comienzan a proporcionarnos, ya desde ahora, aquello mismo que esperamos, tras la muerte, como una suerte de culminación».

Tal vez se echa de menos en las precedentes consideraciones de Lavelle, una argumentación de reducción al absurdo, que un compatriota suyo, Claude Piat, había formulado con las siguientes palabras: «Si todo concluye con el último suspiro, el hombre es un ser frustrado por naturaleza». Condición tan sólo esgrimida a efectos dialécticos y que se opone rotundamente no ya sólo a la

tesis de su autor, sino incluso al coro unánime —salvo los materialistas ateos y los sedicentes agnósticos— de los verdaderos filósofos, como tuve ocasión de comprobar personalmente, en la elaboración de una monografía histórica, por supuesto siempre inconclusa sobre el problema de la inmortalidad.

Una cuestión en apariencia estéril, ya que no frívola, a propósito del binomio espiritualismo-materialismo, o viceversa, consiste en declarar cómo «el materialismo y el espiritualismo —al decir de Lavelle— se hallan presentes en el corazón de cada conciencia». En efecto, él estima que «no hay materialismo tan consecuente que jamás dé la razón al espiritualismo, ya por sus deseos, ya por sus actos, ni espiritualista tan puro a quien no seduzca el materialismo y no peligre ser arrastrado, en determinados momentos, hacia la duda o el desaliento».

Y rizando el rizo, como suele decirse, no vacila en afirmar que «el espiritualismo realizado, es decir, plenamente cumplido, de forma que la libertad no pudiera optar a favor del materialismo, sería aún materialismo. Y el propio materialismo, en tanto que lejos de ser un hecho que se nos impone, constituye un acto cuyo cumplimiento y permanencia con un rigor casi ascético depende de nosotros, verifica, en cierto modo, el espiritualismo. Es que el espiritualismo realmente incide en esta misma alternativa que acabamos de exponer entre el materialismo y el espiritualismo. Y asimismo —concluye nuestro pensador— es inseparable del ejercicio de la libertad, que eleva infinitamente el yo sobre el mundo de las cosas y atestigüa aun su presencia en el acto por el cual aquella se niega».

Pero, viniendo a desvelar o barruntar siquiera el misterio del alma humana, nos es permitido escuchar una rotunda expresión lavelliana de que el alma «no puede ser confundida con el espíritu». Y a continuación, el razonamiento:

«Si lo propio del espíritu consiste en ser una actividad creadora de sí misma, y que, cabalmente, porque nada hay fuera de ella a lo que pudiera supeditarse, no sólo lleva consigo las propias razones, sino que las crea al crearse a sí misma, se constata que el espíritu no incluye en sí determinación alguna individual, sino que o las sobrepasa todas, o incluso no existe más que un espíritu. Por el contrario, no hay otra alma que la individual, de suerte que si el alma es espiritual, no puede ser más que una participación del espíritu. Es preciso, pues, distinguirla por las determinaciones que la limitan y a la vez la individualizan. Puede suceder que hablemos de la pluralidad de los espíritus, pero no dudamos de que esta pluralidad sólo reside en los modos de participación en un espíritu que es idéntico; lo que explica bastante bien que podamos hablar de una comunión de los espíri-

tus, los cuales se oponen, unos a otros, tan sólo en la medida en que reciben las limitaciones que los distinguen, es decir, por las que dejan de ser propiamente espíritus. Con todo, no es cierto que el alma sea alma únicamente por su limitación: esto equivaldría a decir que no es espiritual. Es alma por un acto de participación del espíritu, que es el espíritu mismo, en tanto precisamente en cuanto que, dondequiera que él actúa, es la puesta en juego de una libertad... Pero si el alma es espíritu o libertad, resulta imprescindible, para que se individualice, para que sea mi alma y me permita decir yo, que sea ella misma determinada y limitada, bien entendido que no se confunda con ninguna de estas limitaciones o de estas determinaciones. Ahora bien, la teoría del alma será precisamente la teoría de estas limitaciones o de estas determinaciones, la dialéctica de las relaciones que nuestra libertad mantendrá con ellas, los medios que le proporcionan y los obstáculos que le oponen, el sometimiento al que aquéllas le constriñen y los esfuerzos mediante los cuales el alma se libera».

Ello no obstante, viene a concluir el proceso razonador de Louis Lavelle, «desde el punto de vista del espíritu, una libertad no puede venir limitada sino por otra libertad». Y siendo esto así «puede preverse que el mundo en el cual vivimos y que es un mundo de fenómenos, debe ser mirado no sólo como el mundo de las manifestaciones de la libertad, sino también como un mundo donde se expresan estas limitaciones mutuas, gracias a las cuales se distinguen y sin embargo se comunican las diferentes libertades».

Nada tiene de extraño, por otra parte, que, a fin de cuentas, como se expresa literalmente nuestro psicólogo, «lo propio del alma consiste en ser un espíritu comprometido en un mundo, y que, aun suponiéndolo capaz de desentenderse de él, deberá mantenerse vinculado al mundo para realizar su destino».

Reducida a síntesis, o tal vez mejor a recopilación textual, la doctrina lavelliana, lo que se ha llamado aquí «Humanismo espiritualista» sin ánimo, por otra parte, de escamotear un espiritualismo unitario, ha llegado el momento de esbozar la cúpula en que culmina tan singular como armónica edificación.

Admitido el carácter inalienable de nuestra intimidad anímica, ello no impide, sin embargo, «la inscripción de la propia existencia en el absoluto», y al mismo tiempo, dado el componente relacional del alma humana, por esencia, tras analizar la relación del alma consigo misma, «tal como se manifiesta en la constitución del yo por su unión con el cuerpo», se aborda «su posibilidad actualizable por medio del valor», también «el conjunto de relaciones que mantiene

con el mundo y las demás almas», para finalmente examinar «la relación del alma con el espíritu puro», con lo que se propone el Profesor Lavelle dar cima a la original y sistemática obra *De l'âme humaine*, a cuya evocación confiamos supuestamente haber contribuido.

No ignoraba nuestro filósofo que, al ensayar un método peculiar que él mismo denominó «Dialéctica reflexiva», aparte los éxitos ocasionales, a lo largo de un camino espiritual, podría caer en la tentadora tesis del ontologismo, o acaso también del panteísmo, ofreciéndonos, como trasfondo de su concepción del universo, la univocidad del Ser. Pero fue el propio Lavelle quien escribió en uno de sus primeros libros *La présence total* su sentir al respecto: «Nos parece que deberíamos estar exentos de toda sospecha de panteísmo y que, más bien, nuestra doctrina podría ser considerada, en cierto modo, como lo contrario de aquel panteísmo, en el cual, reinando necesariamente en las partes la ley del todo, las ideas mismas de *todo* y *partes* están abolidas». Y años más tarde, no muy anteriores a la monografía que nos ha venido ocupando, escribiría en su obra fundamental *De l'être*: «Es imposible que Dios, en la generosidad sin reticencia del acto creador, llame las cosas a beneficiarse de una existencia diferente de la que él mismo goza eternamente. No hay existencia disminuida o bastarda, porque la existencia de todo objeto es la pureza del mismo en el acto divino sin el cual no sería nada».

Así, fácilmente se comprende que la temática del Libro Cuarto y último del volumen *De l'âme humaine* se contraiga a los siguientes cuatro apartados: «La unidad del alma, la vocación del alma, la inmortalidad del alma, alma y espíritu».

Y bien pudiéramos reproducir el párrafo con el que cierra Louis Lavelle su estudio introductorio:

«Nos encontramos aquí —dice— al margen de toda demostración, por más que nos hallemos ante una evidencia que sobrepasa la evidencia de toda demostración, porque el alma es una existencia, y ninguna existencia se demuestra, ni las andaduras que la constituyen pueden tener un rango ontológico, si no es a condición de que, haciéndolas, somos nosotros quienes nos hacemos a nosotros mismos, en tanto que las demostraciones más rigurosas tan sólo sirven como nociones, es decir, para la construcción de un sistema donde únicamente cuenta la lógica».

Son varios los autores que, a propósito de la trayectoria íntima de Louis Lavelle, han rememorado el lema agustiniano *in te ipsum redi*. Y habiendo asu-

mido nuestra colaboración el binomio inmanencia-trascendencia, no parece inoportuno reproducir, en su integridad, el aludido texto del hiponense. Dice así:

«No salgas afuera. Vuélvete hacia ti mismo. Pero no olvides que, al salir de ti, traspones las lindes del alma racional. Dirígete, pues, allí donde se enciende la misma luz de la razón. Porque ¿a dónde llegará todo buen pensador sino a la verdad, la cual más que descubridora de sí misma, mediante el razonamiento, es el centro al que tienden los pensadores? He ahí la armonía superior a todas las demás. Mirala bien y armonízate con ella» (*De vera religione*, 39, 72).

Tampoco me resisto a transcribir unas palabras orientadoras del Profesor López Quintás.

«Para comprender —ha escrito— por qué Lavelle entendió la vida intelectual como un esfuerzo socrático para despertar en sí mismo y en los demás la conciencia del diálogo viviente, que puede y debe establecerse entre el ser humano y el Absoluto, en orden a cumplir la propia vocación, conviene analizar la descripción de la experiencia participativa sobre el telón de fondo de la experiencia de la ejecución musical, que constituye, sin duda, un caso modélico de inmersión en la realidad envolvente».

No debería sorprendernos el tono estético de tan atinada sugerencia, a pesar de que, según asentía Sócrates a la tesis de Glaucón, con referencia al alma, «las cosas bellas son difíciles» (*República*, 4, 11, 435a). Así, por tratarse de una hermosura, resulta menos sencillo el conocimiento propio, auspiciado por la inscripción $\gamma\iota\omega\theta\iota \ \sigma\epsilon\alpha\upsilon\tau\omicron\upsilon\upsilon$ del templo de Apolo, en Delfos. Hoy, a tantos siglos de distancia, aún sigue descubriendo la filosofía el *Nosce teipsum*, sin obtener cumplida respuesta. Bien es verdad que el desbordado éxito de Alexis Carrel, Premio Nobel de 1912, por virtud de su libro *L'homme cet inconnu*, recibiría confirmación o réplica, mucho más tarde, en las palabras serenas y firmes de un compatriota, Louis Lavelle, con las que me voy a permitir dar cima a este artículo, por fuerza incompleto:

«La inmortalidad del alma no sólo nos descubre el punto de suprema emoción, donde el problema del alma recibe para nosotros el más per-

sonal y aun vital interés, al mismo tiempo que su última significación ontológica, sino que incluso las diferentes investigaciones hechas hasta aquí, sobre los principales caracteres del alma, únicamente alcanzan su verdadero rango, merced a la luz que pueden introducir en el misterio de la muerte y de la inmortalidad» (*De l'âme humaine*, París 1951, p. 478).

LUIS REY ALTUNA